

LA BATALLA DEL CIELO

En junio del año pasado, un avión británico de combate tipo "Harrier" se estrellaba en el curso de una demostración aérea celebrada en el emirato de Abu-Dhabi. Los americanos presentes en la demostración se reían por lo bajo, pensando que después de aquel fracaso británico les sería mucho más fácil venderle al emir sus "Phantom". Evidentemente ignoraban que en aquel mismo momento, a cinco mil kilómetros de allí, en la ciudad francesa de Burdeos, un grupo de negociadores de Abu-Dhabi se disponían a firmar un contrato de compra de catorce aparatos del tipo "Mirage V". Los dirigentes de la Dassault podían lógicamente mostrarse satisfechos de aquella pequeña maniobra de diplomacia secreta que tan buenos frutos había dado. Hoy, su optimismo ha decaído considerablemente: la Dassault no ha vuelto a vender un solo "Mirage".

Las conversaciones con la Arabia Saudita no han conducido aún a nada. Y la venta de cincuenta aparatos a Sudáfrica, anunciada por un semanario americano, tampoco es segura, sino que entra dentro del terreno de las hipótesis de venta de gobierno a gobierno.

Las cifras son reveladoras. En el año 1970, las ventas al extranjero de armamentos franceses y americanos se elevaban, respectivamente, a ochenta y siete mil seiscientos millones y sesenta mil millones de pesetas; en el año 1971, a ochenta y cuatro mil millones y ciento veinte mil millones, y en 1972, a treinta y cinco mil millones y doscientos cuatro mil millones de pesetas. Ni siquiera las dos devaluaciones sucesivas del dólar justifican por sí solas tales resultados. Estos constituyen un claro exponente de la firme voluntad del gobierno de Estados Unidos de romper la competencia que comenzaban a hacerles los franceses.

Son dos las razones que impulsaron a Francia a exportar material militar. La primera, histórica, está relacionada con la decisión del general De Gaulle de dotar a Francia de una capacidad de defensa independiente de la OTAN. Como el ejército francés no podía absorber el material suficiente para amortizar las extravagantes inversiones que exigía tal política, Francia se vio obligada a exportar.

La segunda razón es de orden técnico. En los años sesenta, la Dassault comenzó a producir material bélico cuya relación precio/kilo resultaba la más competitiva del mundo.

Los "Mirage" hicieron súbitamente acto de presencia en los cinco continentes. Incluso cinco gobiernos de América Latina, tradicional feudo de los americanos, adquirieron varios aparatos de este tipo. La

empresa culminaría en 1970 con la firma por Libia de un contrato de compra de ciento diez aparatos, operación que consagraba toda una vasta maniobra técnico-comercial francesa dirigida a los países del mundo árabe. Porque la venta de un aparato made in France no es sólo un buen negocio, sino que constituye al mismo tiempo, gracias al intercambio de técnicos, de misiones, etcétera, uno de los medios de penetración económica más seguros de que disponen los países ricos en relación con el Tercer Mundo.

El presidente americano no tardó en reaccionar: «Se tomarán todas las medidas a nuestro alcance a fin de mantener la supremacía aeronáutica americana en el mundo», declaró Nixon a principios del año pasado.

Esas medidas no se hacen esperar: en Suiza, el gobierno americano ayuda al competidor de la Dassault, el fabricante del "Corsair", mediante la concesión de un préstamo de tres mil seiscientos millones de pesetas. En Grecia, donde la Dassault se disponía a firmar un contrato de venta de treinta "Mirages", el vicepresidente americano Spiro Agnew impone a los coroneles la compra de treinta "Phantom", por un valor total de ochenta millones de dólares. Los americanos ofrecen a tal fin al gobierno griego un préstamo de sesenta millones de dólares, a lo que hay que añadir un reembolso de veinte millones, equivalente a los gastos de las dos mil familias americanas establecidas en El Pireo. Turquía se beneficia este año de una ayuda militar de cien millones de dólares, destinada a la adquisición por las fuerzas aéreas de ese país de cuarenta aparatos "Phantom". En Persia, los americanos han vendido material militar por valor de unos ciento cuarenta y cuatro mil millones de pesetas en el plazo de menos de dieciocho meses. En el presupuesto para 1974 hay previstos setecientos sesenta millones de dólares en concepto de ventas a plazos de armamento, principalmente a Israel, Turquía, Grecia y Formosa. Estas ventas van acompañadas de una amplia maniobra psicológica destinada a presentar a Francia como un "marchand" de material bélico particularmente avaricioso, inmoral y antisemita. Cuando se trata de vender armas, los principios morales no cuentan ni en Francia ni en ninguna parte. Los americanos venden tanques al coronel Gadaffi por mediación de una firma italiana. Suecia, la pacifista, no ha dudado en lanzar al mercado internacional sus nuevos cañones Bofof. Gran Bretaña, por su parte, dirige sus miras al golfo Pérsico.

Lo que ocurre es que en este campo, como en otros, los Esta-

dos Unidos establecen las reglas del juego, pero no las respetan. Los franceses tratan de convencer a sus "partenaires" europeos para que se organicen frente a los Estados Unidos con vistas a cubrir

sus necesidades futuras de material aeronáutico tanto civil como militar comprando preferentemente a Europa. A nadie se le ocultan las dificultades que entraña tal proyecto. ■ FRANÇOIS DUPUIS.

EUROPA

EL LLAMAMIENTO DE BOLONIA

Un auténtico bosque de banderas rojas cubre la plaza Mayor de Bolonia el viernes 11 de mayo; más de cien mil personas silabeaban a coro los nombres «Marchais-Berlinguer», o entonan alternatively «La Internacional», «La Marsellesa» y «Avanti Popolo»: reina un ambiente de entusiasmo en la primera gran reunión de los partidos comunistas francés e italiano. Se trata del primer gran mitin de ambos partidos en cincuenta y dos años de historia.

En un primer momento, uno se pregunta si no se tratará de una simple reunión multitudinaria, una reunión formal, cortés y cálida, bajo la égida de los dos «hermanos latinos», los dos partidos comunistas más poderosos de la Europa Occidental (400.000 afiliados en Francia; 1.500.000 en Italia). Pronto, sin embargo, nos damos cuenta de la importancia de ese acontecimiento: en él ha quedado finalmente definida una «vía europea del socialismo». Con todo lo que ello implica: un mayor concierto entre franceses e italianos y el establecimiento de una auténtica plataforma de acción común; el reconocimiento de facto de Europa como campo de acción; la afirmación de la autonomía de movimiento con respecto a la Unión Soviética que los comunistas occidentales han ido conquistando gradualmente; la confirmación de la estrategia frentista en relación con los partidos socialistas y las fuerzas socialistas de ambos países; la canalización de las luchas de los elementos más dinámicos (los metalúrgicos italianos, cuyos éxitos frente a los patronos fueron señalados por Berlinguer) o los más turbulentos (los alumnos de los liceos, los inmigrantes, los obreros especializados, de los que Marchais habló calurosamente).

¿De qué hablaron ambos dirigentes en el largo «tête-à-tête» (de un día y medio de duración) que precedió al mitin de Bolonia? Marchais y Berlinguer llevaron a cabo:

1) Un análisis de las situaciones respectivas de ambos países.

Georges Marchais trazó un cuadro de «la miseria moderna» francesa, describiendo la situación de los cientos de miles de trabajadores que «viven mal», que comen «menos carne» y «menos legumbres». Después se refirió a las elecciones legislativas para subrayar que cerca de once millones de electores se habían pronunciado a favor de un claro programa anticapitalista. Enrico Berlinguer explicó, por su parte, que el gobierno de centro-derecha estaba desacreditado en Italia y que el PCI se había pronunciado por una «svolta democrática» (un giro democrático) de la vida política italiana. Conclusión: italianos y franceses parecen haberse decidi-

do por una estrategia idéntica.

2) Un detallado intercambio de puntos de vista en torno a la situación internacional, sobre todo la europea.

Un nuevo capítulo parece abrirse en Europa: el imperialismo y el anticomunismo van perdiendo fuerza mientras se afirma la coexistencia pacífica. Marchais comenta al respecto: «La nueva situación que se está creando en Europa engendra exigencias y responsabilidades nuevas a las que habrán de hacer frente los partidos comunistas». El interés por el socialismo crece en todos los países, circunstancia esta que obliga a los partidos socialistas europeos a evolucionar para adaptarse a la nueva situación: los «juosos» alemanes se afirman contra la socialdemocracia del SPD; el primer ministro sueco, Olaf Palme, adopta posturas antiimperialistas en relación con una serie de problemas internacionales; en el seno del partido laborista británico se lleva a cabo una redistribución de los papeles, y, last but not least, el partido socialista francés suscribe un programa común de gobierno con el PCF, relegando al olvido la eventualidad de una «tercera fuerza». Conclusión de Berlinguer: «En la mayoría de los países europeos se deja sentir una renovada exigencia de colaboración y entendimiento entre todas las fuerzas de la izquierda» —es decir, entre los PC, los PS, los partidos progresistas y gran parte de las masas católicas—.

Se ha llegado, pues, a un acuerdo «total y sin reservas» entre el PCF y el PCI. Es inevitable extraer conclusiones de todo esto. Ante todo y sobre todo, uno tiene la fuerte impresión de que el PCF se ha recuperado de su retraso respecto del PCI, eliminando así las divergencias del pasado, sobre todo en lo referente a las relaciones con los países del Este y a la política frente a los izquierdistas y los contestarios en general. Aunque, si bien se examina, las divergencias eran más de estilo que de fondo: los italianos tienen una manera más cortés de tratar al izquierdismo, contra el que llevan a cabo un combate ideológico que no excluye en ningún caso el cotejo de ideas ni la solidaridad frente a la represión; una manera más empírica de concebir las relaciones con los sindicatos, es decir, con los trabajadores en el combate; una manera más anticonformista de mantener sus relaciones con Moscú.

Lo más importante de este gran encuentro entre los partidos comunistas de Francia e Italia es el hecho de que se hayan decidido por una línea «democrática y autónoma», así como por un programa de gestión común con los socialistas. ■ MARCELLE PADOVANI.